

¿Hasta cuándo?

Carlos LARRINAGA

Historiador

A pocas jornadas de las elecciones generales en Grecia (20 de septiembre), estos días en Atenas, como en el resto de la Unión Europea, sólo se habla de una cosa, de la crisis migratoria. Por eso apenas se observa propaganda electoral por sus calles, aunque los grandes medios de comunicación se prodigan en encuestas que, de momento, dan un empate técnico entre Syriza (liderada por Tsipras) y Nueva Democracia (centro-derecha). Los informativos y los periódicos abren diariamente sus portadas con los miles de refugiados, mayoritariamente sirios, que, desde Turquía, llegan a las islas de Lesbos o Kos y desde ellas son trasladados al continente por las autoridades helenas. En concreto, al puerto del Pireo. Allí he podido ver a numerosas familias comprando sus billetes de metro y atestando los trenes que se dirigen al centro de la ciudad, en especial, a la estación de Larissa, de donde salen los ferrocarriles rumbo a Tesalónica y de ahí a Macedonia, Serbia, Hungría y, cómo no, a la tierra soñada: Alemania. Es una pequeña avenida de gente en comparación con las riadas de turistas que inundan las zonas más visitadas de la capital helena: la Acrópolis y su museo o los históricos barrios de Monastiraki y Plaka. La Administración griega, desbordada por esta avalancha, hace lo que puede, mientras la extrema derecha de Amanecer Dorado está dispuesta a explotar esta situación en los próximos comicios. Como a buen seguro lo harán las diversas formaciones políticas de esta naturaleza en diferentes estados en próximas citas electorales.

Con todo, las imágenes en prensa y televisión están ya despertando las conciencias de algunos líderes políticos de la Unión Europea, si bien les cuesta mucho ponerse de acuerdo sobre las posibles cuotas de exiliados que cada uno de sus miembros deberá acoger. Mas la cuestión no reside en estos porcentajes. Bajo mi punto de vista, habría que ir a las raíces verdaderas del problema. Esas personas que llegan a Europa lo hacen huyendo de la guerra y no por gusto. Por ejemplo, tras más de cuatro años de conflicto bélico en Siria, ¿qué han hecho los responsables europeos para tratar de llegar a una solución? La verdad, prácticamente nada. Los injustificables recelos de presidentes como Hollande de entablar conversaciones con Bashar al-Asad lo único que han conseguido es que Siria hoy en día sea un país casi inexistente. Con cerca de cuatro millones de huidos en Turquía, Líbano o Jordania y con una economía destrozada. ¿Acaso no es justificable que quienes pueden permitírselo quieran marcharse de unos campamentos en su mayoría miserables en busca de un mundo mejor? Me resulta bastante extraño que ninguno de esos burócratas tan trajeados que se reúnen en hoteles de súper-lujo y en las impolutas instituciones europeas no hayan reparado en ello.

Hay quien dice que este flujo migratorio ha llegado a la Unión Europea para quedarse, empezando por la Alta Representante para Asuntos Exteriores, Federica Mogherini. No obstante, ésa no puede ser la solución. Es preciso buscar una alternativa. Y ésta no es otra que activar urgentemente las negociaciones de paz en naciones como Siria, Irak, Libia o Eritrea. En el primer caso, es increíble que éstas sean inexistentes después de tanta muerte y destrucción y, adicionalmente, con el Estado Islámico campando a sus anchas. Este mismo verano el ministro de Asuntos Exteriores iraní ha presentado un posible plan de paz para Siria sin que, por el momento, Occidente haya reaccionado. Después del acuerdo nuclear firmado con Teherán se abrió una esperanza para que Irán pudiera integrarse en el concierto internacional y tratara de jugar un papel importante en la resolución del problema sirio. Sin embargo, se diría que los gobernantes europeos no están a la altura de las circunstancias. Por el bien del Próximo Oriente y de la UE, como estamos viendo, es urgente volver a las conversaciones y en las mismas es obvio que el gobierno del Asad debe estar representado. Como he sostenido en otras ocasiones, el presidente sirio no solamente es parte del problema, sino también de su solución. Esto es algo que tanto Irán como Rusia lo tienen claro, pero no así los Estados Unidos, la UE o Turquía. Mientras tanto, se está perdiendo un tiempo precioso para evitar nuevas muertes y más desplazamientos. Aunque a algunos eso parece

importarles bien poco.

En realidad, en estos momentos únicamente las vías políticas son insuficientes, por lo que urge también un proceder militar contundente de la coalición liderada por Washington contra el terrorismo yihadista. Hasta la fecha el empleo de ataques aéreos no ha dado los frutos deseados. Ha llegado la hora de una ofensiva terrestre que no esté encabezada en exclusiva por los Ejércitos sirio e iraquí y las milicias kurdas. Los participantes en la operación deberían estudiar muy seriamente mandar cuerpos de infantería al escenario de las hostilidades con el fin de disminuir la fuerza del EI.

Finalmente, además de estas actuaciones política y militar, creo que habría que pensar en implementar un programa de activación económica para toda la región, así como para distintas áreas de África. Aunque parezca iluso, estaría hablando de una propuesta encabezada por las grandes economías mundiales consistente en paquetes de ayudas, préstamos e inversiones que ofrecieran a los locales una alternativa viable a la emigración. Es evidente que las corrientes migratorias han existido siempre a lo largo de la historia y van a seguir existiendo. Pero las disparidades entre la orilla norte/oeste y sur/este del Mediterráneo son ahora mismo tan escandalosas que suponen una auténtica bomba de relojería a medio plazo. Necesitamos, pues, que nuestros dirigentes sean capaces de ir más allá del cortoplacismo y arbitren medidas serias y coherentes al respecto, porque, si no, me temo que las imágenes de emigrantes muertos en el mar o del niño Aylan Kurdi en las playas de Bodrun se repetirán con demasiada frecuencia.

6 de septiembre de 2015

Publicado en *El Diario Vasco*, 12 de septiembre de 2015, p. 23